

ENSAYO*

LITERATURAS

TRES MODELOS DE SUPRANACIONALIDAD

— Por Claudio Guill3n —

Educado en Sevilla y Par3s, y luego en el exilio, con su padre Jorge Guill3n, ha sido profesor de Literatura en Princeton, California y M3laga. Sus principales publicaciones versan sobre la novela picaresca, la poes3a moderna y la teor3a de la historia literaria. Es catedr3tico de Literatura Comparada en la Universidad de Harvard.



Por Literatura Comparada se suele entender cierta tendencia o rama de la investigaci3n literaria que se ocupa del estudio sistem3tico de conjuntos supranacionales. Prefiero no afirmar, con otros, que la Literatura Comparada consiste en el examen de la literatura desde un punto de vista internacional; pues su car3cter no depende solamente de la actitud del observador. Es fundamental la presencia en la historia, o en el concepto de literatura, de unas clases o categor3as que no son meramente nacionales. Pi3nsese, por ejemplo, en un g3nero como la 3pica, un procedimiento como la rima, un movimiento como el Romanticismo. De hecho estos t3rminos denotan fen3menos que existen o han existido. Digo supranacional, mejor que internacional, para subrayar que el punto de arranque no lo constituyen por fuerza las literaturas nacionales, ni las relaciones que existen entre ellas.

Sabido es que desde hace tiempo estas relaciones han dejado de constituir el objetivo prioritario del compara-

* BAJO la r3brica de «Ensayo» el Bolet3n Informativo de la Fundaci3n Juan March publica cada mes la colaboraci3n original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biolog3a, la Psicolog3a, la Energ3a, y Europa. El tema desarrollado actualmente es el de la Literatura.

En n3meros anteriores se han publicado: *Literatura e ideolog3a*, por Francisco Yndur3in, Catedr3tico de Lengua y Literatura Espa3olas de la Universidad Complutense; y *La novela espa3ola actual*, por Jos3 Mar3a Mart3nez Cachero, Catedr3tico de Literatura Espa3ola de la Universidad de Oviedo.

tismo. El punto de partida se halla ahora en los conjuntos supranacionales. ¿Pero qué significan estos términos?

Son tres, a mi juicio, los modelos principales de supranacionalidad que se ofrecen al estudioso de Literatura Comparada. Me limitaré a bosquejarlos brevemente.

A) Lo más corriente es el estudio de fenómenos y conjuntos supranacionales que *implican internacionalidad*, es decir, o bien contactos genéticos y otras conexiones entre autores y procesos pertenecientes a distintos ámbitos nacionales, o bien premisas culturales comunes. Ejemplo de fenómeno que supone filiación genética sería la novela picaresca, o el tema de Don Juan. Le Sage traduce a Mateo Alemán, Smollett traduce a Le Sage, Dickens lee a Smollett, Kafka (aludo a *Amerika*) lee a Dickens, etc. Ejemplo de fenómeno que supone premisas comunes —antecedentes de una misma civilización— sería el estilo neo-ciceroniano de cierta prosa de los siglos XVI y XVII (Guevara, Lily), o la épica o la tragicomedia del Renacimiento. El marco conceptual que proporciona los términos útiles para estos estudios ha de ser históricamente adecuado: o bien porque se apela al léxico pretérito de la Poética europea, al itinerario de su autoconciencia —y entonces hablamos de tragedia o de elegía, de melodrama o de verso libre, de doloras (Campoamor) o de greguerías—; o bien porque se adoptan términos nuevos, pero aplicables ante todo a determinados fenómenos históricos, como el concepto de anatomía, *anatomy*, desarrollado por N. Frye, y aplicable a Addison y Steele, al costumbrismo español del XVII, etc. Donde digo «europeo» (europeo/americano) léase también, si se prefiere, «chino», o cualquier otro objetivo idóneo siempre que nos limitemos a una sola civilización.

B) Si se estudian, reuniéndolos y conjuntándolos, fenómenos y procesos que son o han sido *genéticamente independientes*, o pertenecen a civilizaciones diferentes, cabe justificar y llevar a cabo tal estudio en la medida en que dichos procesos implican *condiciones sociohistóricas comunes*. Se nota fácilmente que las investigaciones de tipo A, sin excluir el interés que puedan entrañar las interacciones entre historia social (o económica, o

política) e historia literaria, no arrancaban por fuerza de ese interés y se deslindaban por medio de categorías solamente literarias. No así este modelo segundo que postula la existencia de procesos y desenvolvimientos socioeconómicos comunes como base que permita enlazar y cotejar sucesos políticos pertenecientes a pueblos y civilizaciones dispares. Por ejemplo: el desarrollo de la novela en el siglo XVIII europeo y en el XVII japonés (Saikaku Ihara, la literatura de Osaka), considerado en sus vinculaciones con las nuevas clases medias o burguesas; o la épica oral producida por diferentes sociedades primitivas o «feudales» (tema sobre el que volveré pronto). El marco conceptual sigue siendo de carácter predominantemente histórico, si bien se presupone cierta conciencia teórica respecto a la relación entre cambio social y cambio literario.

C) Unos fenómenos *genéticamente independientes* componen conjuntos supranacionales de acuerdo con propósitos y principios derivados *de la teoría de la literatura*. El grado de teoreticidad de este modelo es el más elevado de los tres, puesto que el marco conceptual, más que utilitario o adecuado a los datos observables, suele brindar el punto de partida de la investigación y el problema por resolver. Ejemplo: se comprueba la hipótesis de Roman Jakobson acerca de la primacía del paralelismo como forma poética, y tal vez se modifica o perfecciona, mediante el estudio de los usos paralelísticos en la poesía clásica china (y su reflejo en textos de poética como el famoso de Liu Hsieh, del siglo V d.d.C.). Claro que ello no excluye en absoluto el examen de procesos y desarrollos históricos —como las cuestiones de periodología, o la aparición de géneros nuevos—, siempre que el entramado conceptual sea una teoría de la historia literaria. Salta a la vista que los llamados estudios Este/Oeste ofrecen oportunidades especialmente valiosas y prometedoras desde el ángulo de este tercer modelo. Pero han dado lugar también a trabajos conformes con los modelos B y C. En suma, nuestro modelo C viene a significar que el diálogo entre unidad y diversidad en que radica el comparatismo se cifra ahora en el encuentro, o la confrontación, de la historia (o

crítica) literaria con la teoría de la literatura; o si se prefiere, de la poesía con la Poética.

Cierto que existen otros modelos de supranacionalidad que pueden servir o interesar al comparatista. Hago resaltar aquí el tipo A por ser el que mejor describe buena parte de los estudios comparativos actuales; sobre todo, desde su «hora americana»; el tipo B, porque a él se aproximan una serie de trabajos interesantes que se han realizado en países del Este de Europa; y el tipo C, porque al destacar las posturas teóricas, quisiera acentuar el papel y el rendimiento posibles de la *teoría de la literatura*. En otras ocasiones he procurado explicar por qué es concebible una historia de la literatura basada en principios y componentes *literarios*, lo cual permite aprehender mejor luego su relación o interacción con la historia social, la económica, o la política. Es evidente que los elementos de la teoría de la literatura —cultivada y perfeccionada hoy por muchos— y los planteamientos de la Literatura Comparada se necesitan e implican mutuamente, y es probable que se impliquen el día de mañana aún más.

Pero no se me oculta que *otros marcos conceptuales* pueden ocupar un lugar predominante en la definición de un conjunto supranacional, y lleguen a constituir, como en el caso ya del tipo C, su centro de gravedad. Y así nos encontramos ante modelos que podríamos denominar D, E, F, etc., correspondientes en cada caso al marco conceptual en cuestión y tan numerosos como dichos marcos: teoría de la religión, teoría de la cultura, mitología, antropología cultural o social, teorías de la personalidad —psicoanalíticas u otras—, esquemas sociológicos y, por supuesto también, esquemas lingüísticos.

Conforme pasamos del modelo A al modelo C de supranacionalidad, la diferencia más significativa desde el ángulo de la Literatura Comparada, a mi entender, es no tanto el grado de teoreticidad, que a todas luces aumenta, como el de universalidad. ¿O acaso confluyen los dos términos en el comparatismo? Los fenómenos constitutivos del modelo C, ¿no presuponen o sugieren una concepción de lo universal? ¿Una concepción que diera cabida a extensiones supranacionales solamente en la me-

dida en que éstas hubieran superado positivamente las pruebas derivadas de lo nacional y lo local, de las diferenciaciones «espaciales» y «temporales»? Volvemos así al radical diálogo entre lo uno y lo diverso. El tránsito de A a C revela la búsqueda más tenaz de una universalidad que significase no sólo mundialismo o espacios máximos sino coherencia y unidad. Al propio tiempo actúa el impulso contrario, la atracción de lo singular, lo inimitable, lo que realmente ha acontecido. Y entonces es el esquema unitario lo que ha de sufrir la prueba de la diversidad, de las diferenciaciones espaciales y temporales, de país a país, de período a período. Ninguno más que el elaborado por el teórico de la literatura, cuya tarea, desde nuestro punto de vista, no puede ceñirse a ser un ejercicio especulativo. No interesa la unidad que no ha sido puesta a prueba, la forma neoplatónica, el esencialismo ingenuo, la instalación en categorías principalmente mentales. Eso es lo que vendría más o menos a ser lo que antes llamaba una teoría de la literatura de la luna; media docena de narraciones y poemas en dos o tres idiomas justificarían conceptos perennes, neoclásicamente absolutos. Desde el Renacimiento ha existido en Europa una tensión notoria entre Poética y poesía. Pues bien, la Literatura Comparada toma conciencia de ella, de su devenir temporal. La Poética de hoy, como las anteriores, ha de recortar sus pretensiones de esencialidad, amoldándose con flexibilidad a lo que de hecho ha sucedido en la historia y en las sociedades humanas. Este amoldamiento —repito—, este difícil equilibrio entre humanidad y desemejanza, entre hipótesis y testimonio, entre teoría y creación, es el desafío ineludible ante el cual se encuentran los estudios comparativos.

Raras veces es fácil deslindar una investigación comparativa, asignándole límites fijos. Piénsese, por ejemplo, en el estudio de un tema. Para definirlo, ¿qué grado de generalidad podemos permitirnos? ¿Hasta qué punto nos interesa captar las particularidades históricas, no dejar que se pierda el sabor de las diferencias? El tema de Don Juan, tratándose de Literatura Comparada, suele enfocarse según lo que acabo de denominar el modelo A: se atiende, ante todo, a unos textos teatrales, operáticos

o poéticos que aparecieron en Europa del siglo XVII al XX; sus atributos —el Comendador o Convidado de Piedra, etc.— y orígenes cultos —Tirso de Molina, el teatro italiano, Molière— son visibles y bastante precisos. Desde Gendarme de Bévoite se han examinado también las fuentes folklóricas del tema, pero con ánimo de bosquejar solamente la prehistoria de lo que surge como auténtico arte teatral durante el siglo XVII. La investigación fluye con evidente coherencia conforme pasamos de un autor a otro, de una versión de la figura de Don Juan a otra versión que supone la existencia y hasta el conocimiento, en no pocos casos, de las anteriores: no se trata de un término actual o de una abstracción, sino de un largo itinerario que poco a poco, en el pasado, fue cobrando conciencia de sí mismo. De una manera perfecta, el sinuoso devenir del tema y su internacionalidad se reflejan mutuamente. Unos momentos y sucesos precisos se reconocen claramente; por ejemplo: un francés, Henri Blaze de Bury, germanista, traductor de Goethe, es el primero que se decide a proponer un desenlace feliz como Fausto, gracias a *das ewige Weibliche*, se salva Don Juan. En suma, es difícil imaginar un tema cuya supranacionalidad histórica esté más arraigada en el espacio y en el tiempo, o se profile más nítidamente. Ahora bien, la misma fuerza con que se yergue la figura de Don Juan tiene consecuencias paradójicas: piénsese en los comentarios de Camus, de Kafka, de Otto Rank o Gregorio Marañón, de Micheline Sauvage y tantos más. Lo prioritario ya no es una sucesión de cambios y de distinciones, muchas veces históricas y nacionales, o sea la percepción de la diversidad, sino una figura fundamental que sugiere significaciones de carácter existencialista, mítico, filosófico, psicoanalítico, sexológico, etc. Ciertamente que estas interpretaciones totales no serían posibles sin cierto conocimiento previo de los avatares del tema según el modelo A. Pero lo que sobresale es la unidad exigida por un marco conceptual —de tipo D, E, etc.—, digamos, para volver a nuestro esquema. Por muy amplia y general que sea la interpretación, su punto de arranque no es una figura universal, sino un Don Juan europeo, español y hasta sevillano. La universalidad posible tendría que partir de

nuestro modelo C, de un arquetipo mujeriego, incansable seductor de mujeres, presente en las más variadas culturas y literaturas, en Africa, la India, la China o el Japón. Nos encontramos entonces ante un Seductor, del que Don Juan no es sino una variedad europea. No nos sorprendemos si este primordial Seductor también se presta, arrancándolo de su situación poética o dramática, a múltiples explicaciones psicofilosóficas; y de tal suerte topamos con el Indeciso, el Adolescente, el Inseguro, el Aventurero, el Buscador del Absoluto. Serán previsibles las ambigüedades y los equívocos, no diferenciándose mucho el Seductor primordial del Burlador de Sevilla. Pero semejante apertura de compás podría o debería conducir, en el mejor de los casos, a exploraciones y reflexiones inéditas.

En otros contextos las distinciones son netas y no se confunden los modelos. Tengo presentes algunas investigaciones de textos de la América india o no-hispánica. Pues huelga subrayar que el comparatismo se interesa no ya por las grandes y opulentas literaturas de Asia, como las de la China, la India y el Japón, sino también por los testimonios poéticos de las no menos antiguas culturas de Méjico, Guatemala o Perú. Por ejemplo, José María Arguedas y otros estudiosos han traducido al castellano la hermosa elegía quechua, *Apu Inqa Atahuallpaman*, que llora la muerte y ansía el renacer de «Inkarri» fusión mítica de los dos últimos incas, Atahualpa y Túpac Amaru, ejecutados por los españoles. Trátese del Perú o de Méjico, se suele destacar, más que el género literario (como la universalidad de la elegía), la imaginación mitológica: mitos de Creación o cosmológicos, mitos cataclísmicos, mitos heroicos, mitos rituales, etc. Así, Mercedes López-Baralt se apoya en Mircea Eliade (el carácter cíclico de la temporalidad sagrada), Norman Cohn (las raíces psíquicas del milenarismo) y Víctor Turner (el momento «liminal», o de transición, en los *rites de passage*) para comentar el mito de Inkarri y, en particular, la elegía *Apu Inqa Atahuallpaman*. Queda claro que se apela en este caso a un modelo de tipo D o E, cuyo cimiento conceptual es la teoría o antropología de la religión, si bien es no menos cierto que se toma asimismo

en consideración el cotejo histórico o modelo B, por cuanto Mercedes López-Baralt indica que en distintos lugares y períodos el mito milenarista funcionó como respuesta o defensa contra la asimilación impuesta por los españoles.

En cuanto al modelo C, no se sorprenderán mis lectores de que haya tardado bastante en abrirse camino el estudio conjunto de fenómenos genéticamente independientes. Hace treinta o cuarenta años, esta clase de investigación no se tenía por legítima. El comparatismo se dedicaba a las relaciones internacionales, a lo que J.-M. Carré denominó, inolvidablemente, *rappports de fait*. Y aún hoy no son pocos los estudiosos que toleran muy de mala gana, o con escaso interés, el estudio no genético de categorías supranacionales. Ulrich Weisstein, en su *Introducción a la Literatura Comparada* (1975), aclara que «hacemos todo lo posible por no extender los estudios de analogía a fenómenos pertenecientes a círculos culturales distintos»; y añade:

«A nuestro parecer, es un mismo círculo cultural donde hay que buscar aquellos puntos de contacto que la tradición, consciente o inconsciente, ha conservado en el pensamiento, en el sentir y en las facultades creadoras de sus gentes y que al aparecer casi simultáneamente podríamos denominar *courants communs...*»

Y en su manual C. Pichois y A.-M. Rousseau vacilan y expresan reservas ante la evidente necesidad de dar cabida a fenómenos análogos que unas influencias binarias no justifican claramente: «on relève dans des littératures différentes des floraisons analogues qui ne s'expliquent pas entièrement par le jeu des influences». Por ejemplo, según ellos, el Barroco italiano, el francés, el alemán, el eslavo no se han engendrado mutuamente con arreglo a un ritmo de sucesión cronológica:

«Pour les comprendre, il faut remonter à un ancêtre commun, le pétrarquisme, dont a repris vers la fin du XVI^e siècle soit les sentiments et les idées, soit les structures et les formes, en les intégrant à des oeuvres d'un esprit différent. Cet esprit n'est pas seulement le fameux et trop vague *Zeitgeist*, l'air du temps; il est le reflet ou bien, selon les marxistes,

le produit du déterminisme socio-économique, la superstructure d'une infrastructure qui le postule, le reflet, aussi, ou le produit des tendances religieuses qui s'affrontent au moment de la Réforme et de la Contre-Réforme.»

De lo cual no se deduce nítidamente sino la supervivencia de lo que Marc Bloch llamaba, según vimos, *l'idole des origines*.

El blanco de tales objeciones es Etiemble y su libro *Comparaison n'est pas raison* (1963), que en su día fue un acontecimiento y hoy —por la lentitud con que se aceptan sus proposiciones— lo sigue siendo. Escrito con brillantez y talento polémico, este libro era un alegato a favor del conocimiento y estudio de las más diversas literaturas, de los más variados testimonios poéticos de la condición humana. Etiemble acomete con vigor contra el chauvinismo europeo o europeocéntrico (que además es postizo, reduce Europa a cuatro o cinco literaturas). Pero eso no es más que un principio. No basta para Etiemble que nos interese por la poesía china, japonesa, o india —en hindi, en urdú, en tamil—, por la árabe y la persa. No es válido seguir ignorando los idiomas fino-ugrios, que nos han dado el *Kalevala*, *Vörösmarty* y *Ady*. Recuérdese el admirable Víctor Zhirmunsky, que, para sus investigaciones de la epopeya heroica popular, aprendió distintas lenguas de Asia central; y a Albert Lord, conecedor excepcional, en su *Singer of Tales* (1960) de las lenguas balcánicas. «Quand on est Français, de plus, comment peut-on se piquer de littérature comparée en négligeant la question du bilinguisme chez les écrivains malgaches, arabes ou vietnamiens, les analogies entre les *hain-tenys* mérinas et la poésie d'Eluard, l'influence de la poétique française sur la poésie vietnamienne d'aujourd'hui, l'influence des littératures coloniales ou des pays colonisés sur la métropole et sa littérature, etc.». Y aún más:

«L'institut dont je rêve comprendrait naturellement des hellénistes et des latinistes, mais aussi des sumérologues et des égyptologues, mais aussi des slavissants, des spécialistes du hindi et du bengali, des sinologues, des germanistes et des romanistes, mais aussi des sémitisants, des hommes versés dans les

littératures finno-ougriennes, turco-mongoles, dravidiennes, et je n'oublie pas le japonais. Tout se tient dans l'histoire des littératures, et celui-là n'en comprendra jamais une seule, j'entends comprendre, qui n'aura pas un peu mieux que des lumières sur un assez grand nombre d'autres.»

¿Sueño? ¿Utopía? De acuerdo con Etiemble, yo agregaría un dato: en lo que toca a las literaturas orientales o menos conocidas entre nosotros, empezamos hoy a disponer de lo que desde hacía tiempo teníamos en el terreno helénico o el latino: traducciones, estudios críticos y demás instrumentos de mediación. Por ejemplo, he señalado el posible valor de una investigación comparativa, a escala mundial, de la carta ficticia o epístola poética. Pues bien, en 1925 Adolf Erman publicó en su edición de *Papyrus Lansing* —papiros egipcios hallados en una tumba de Tebas y que se remontan a la dinastía XX, del siglo XII a. d. C.— una colección de diez cartas que eran ejercicios de escuela. Y en cuanto a los sumerólogos, que Etiemble menciona, A. Falkenstein ha analizado una carta sumeria, anterior a 1500 a. d. C., dirigida a Nonna, diosa de la Luna, y O. R. Gurney una epístola encontrada en Sultantepe y ficticiamente atribuida al héroe Gilgamesh. No escasean los ejemplos más antiguos o remotos. Como quiera que sea, no hablo de práctica aquí, ni siquiera en la del propio Etiemble en sus *Essais de littérature (vraiment) générale* (1974). Lo que agradecemos a Etiemble es su enérgica afirmación de un espíritu, unos propósitos y un determinado humanismo. Existe, sí, una tendencia de la Literatura Comparada, tal vez la más prometidora, «qui considère que, lors même que deux littératures n'ont pas eu des rapports historiques; il est légitime de comparer les genres littéraires qu'elles ont, chacune pour soi, élaborés». Y esa tendencia, más que un sueño, es indicio de una inquietud social y política, de una preocupación por el mundo real —que abraza el Tercer Mundo— de nuestros días:

«Sous une querelle apparemment technique, il me semble que se joue l'avenir de notre humanisme. Croupons-nous orgueilleusement, provincielement, sur une étroite culture bien française et bien historiciste; ou si, balayant les préjugés, la routine,

nous accepterons d'ouvrir au monde, à l'esthétique, nos Facultés des Lettres, pour y préparer nos étudiants à devenir enfin des hommes dans un monde vrai; un monde où l'Afrique noire et la Chine jaune, où l'Inde et le Japon, où l'Amérique espagnole, le Brésil et la culture arabe auront plus d'un mot à nous dire?»

Estas preocupaciones, claro está, no son extrañas a los países socialistas del Este de Europa (superada la obcecación con que en 1950 un Fadeyev denunciaba el «cosmopolitismo burgués» de G. Lukács; en 1960 el Instituto Gorki de Moscú dedica un congreso a las *Wechselbeziehungen und Wechselwirkung zwischen Nationalliteraturen*; en 1962 la Academia de Ciencias de Budapest organiza un gran congreso internacional de comparatistas, al que asisten estudiosos occidentales; en 1967 la A.I.L.C. se reúne en Belgrado, etc.). Sin duda son diversos los modelos de supranacionalidad que podrían reconocerse en los trabajos de los comparatistas rusos, húngaros, polacos, rumanos o yugoslavos, que no quisiera simplificar en esta ocasión. Pero conviene indicar la aceptación de lo que he llamado el modelo B. Tengo presentes, ante todo, las obras de madurez del gran V. M. Zhirmunsky, del que citaré aquí un resumen de fácil acceso, «On the Study of Comparative Literature» (1967). Pero el propio Zhirmunsky se remonta con respecto al ejemplo de A. N. Veselovsky (1838-1906) y su «paleontología de los argumentos»; y sabido es que estas concepciones fundamentan la importante y audaz historia de las literaturas del mundo, en varios volúmenes, que ha empezado a llevar a cabo durante la última década el Instituto Gorki de Moscú.

No niega Zhirmunsky la existencia de influencias e importaciones en el itinerario de las literaturas —«contracorrientes» las denominaba Veselovsky, en pugna con las corrientes propias de una tradición nacional—, que constantemente se entrecruzan con las convergencias y analogías que componen el común desarrollo supranacional de las literaturas. Pero la tarea del comparatismo consiste en descubrir e iluminar estas tendencias comunes, debidas a precondiciones sociales, y las leyes que rigen la historia literaria («the general laws of literary development»).

Los movimientos y hechos literarios, considerados como fenómenos internacionales, arrancan lo mismo de unos desarrollos históricos semejantes en la vida social de los pueblos en cuestión que en los recíprocos contactos culturales y literarios que hubo entre ellos. La idea de una evolución general de las sociedades humanas —única y conforme a regularidades o leyes— es el punto de partida de tales observaciones:

«Comparative study of literature in this sense presupposes as its basic principle the notion of unity and regularity in the social evolution of mankind in general. Similarities in the realms of ideas between peoples at similar stages of historical development are based on parallelisms in their social organization-parallelisms which can be traced even between Western European and Central Asian peoples during the age of feudalism. Typological analogies or convergences of the same kind between literatures of distant peoples, not in direct contact with each other, are far more common than is generally supposed.»

Zhirmusnky, que conocía no sólo las principales lenguas europeas, sino también las literaturas del Irán, de Turquía y de Asia central (Kalmuk, Uzbek, etc.), de los países árabes y de Mongolia, propone un ejemplo tras otro de lo que llama analogía tipológica. Son especialmente interesantes las semejanzas que halla entre las diferentes formas de «poesía heroica», cuyos rasgos temáticos son conocidos: el nacimiento milagroso del héroe; las hazañas realizadas durante su niñez, las *enfances* de Carlomagno, Vivien, etc., que se semejan a las de los héroes de los *byliny* rusos, a la «Canción de los tres niños» en Kalmuk, a los hechos de Nurali y Rawshan en los poemas épicos en Uzbek; la invulnerabilidad mágica del héroe: de Aquiles, de Siegfried, de Isfendiar (en el *Shahnama*), de los protagonistas de los cantares épicos turcos y mongoles (*Alpamysh*), etc. Pero los ejemplos son muchos: el parecido de *Tristan et Iseult* con el poema persa de Gurgani, *Vis-u-Ramin* (siglo XI); o, sin ir más lejos, el de la poesía de los trovadores y *Minnesinger* con el *Collar de la paloma* del arábigo-andaluz Ibn Hazm o con otros poetas árabes, asunto muchas veces debatido

y que es, para el historiador ruso, «not an indication of literary influence, but of typological analogy even granting cultural intercourse between Arabic Spain and the South of France».

Cierto que existen estas y otras analogías, destacadas por la erudición excepcional de Zhirmunsky; y que ningún comparatista de hoy ha de atribuir las al juego de influencias internacionales. Muchas de ellas se encuentran en el terreno de la literatura oral o el folklore, abordado desde V. Propp por la narratología contemporánea, y cuya compatibilidad con las diferencias históricas ha sido problema suscitado por las discusiones estructuralistas. Tratándose de literatura escrita, lo valioso de la postura de Zhirmunsky y de sus sucesores es, a mi entender, el esfuerzo por hallar tipologías supranacionales en los itinerarios y desenvolvimientos de la historia literaria misma. Hasta aquí estos planteamientos no difieren de los que asignamos a nuestro modelo C.

Pero ¿y el modelo B? En la práctica, que yo sepa, las consideraciones sociohistóricas o socioeconómicas de un Zhirmunsky son rápidas y esquemáticas. Por eso tenemos la sensación de que son insuficientes. Por ejemplo: «*heroic poetry of an essentially narrative kind (epic songs and poems) emerged independently among different peoples at an early stage of social development (the so-called 'heroic age')*». O a propósito de la novela histórica:

«Typical of the age of romanticism is, for example, the historical genre (historical novel and drama): its international vogue was due to the rise of historical and national consciousness during the social and international conflicts of the French Revolution which were associated with a growth of interest in science and art, and in the national past.»

Sorprenden estas explicaciones por parte de quien escribió un excelente libro sobre Herder. En realidad las «precondiciones sociales» son más una premisa o un axioma, en este contexto, que el objeto del estudio que necesitaríamos. Digo que lo necesitamos porque, a todas luces, las analogías que hallamos de buenas a primeras entre fenómenos literarios similares, como la novela picaresca española y las narraciones de Saikaku Ihara (de

la Osaka del siglo XVII), son mucho más claras y fehacientes que las que podríamos establecer entre la sociedad española del XVII y la del Japón. Salta a la vista lo que comparte una poesía amorosa japonesa o china —la queja, por ejemplo, de los amantes cuando sale el sol— con otra provenzal o inglesa. Es imprescindible probar o, al menos, investigar con detenimiento la existencia de precondiciones sociales comunes. Convengamos por lo menos en que éstas son tan discutibles como las analogías poéticas. Pero Zhirmunsky, en vez de discutir-las, las da por entendidas y por demostradas. De tal suerte las supuestas causas —principio de integridad del asunto bajo estudio— quedan relegadas a un tácito sub-texto, a otro discurso que el que pronuncia la crítica literaria.

No digo ni pienso que tengamos que rechazar el modelo B. Hay casos precisos, concretos, comprobables, en que las similitudes sociales sin duda han existido y han sido operativas. Las analogías y tipologías reunidas por Zhirmunsky son enormemente sugestivas y aprovechables. Ahora bien, no es menester elegir *a priori*, con ánimo excluyente, ninguno de los modelos esbozados en estas páginas. No es menester —o mejor dicho, no es pertinente— creer en una filosofía de la historia, única y definitiva. Nada sería más inactual, menos próximo a lo vivido por los hombres del siglo XX. La novela histórica que se enfrenta con esa experiencia ya no es, por supuesto, la de Tolstoy, tan unilateral, sino *La guerra del fin del mundo* (1981), de Mario Vargas Llosa, y su percepción de la ambigüedad moral y la precariedad política de nuestro tiempo. Tratándose de una disciplina como la Literatura Comparada, todo marco conceptual es provisional y ha de ser puesto a prueba.

La tarea principal de esta disciplina, a mi entender, es la confrontación de toda teoría de la literatura, o de la historia literaria, con el vasto despliegue de saberes y de interrogaciones que el comparatismo hace posible.

ALGUNAS INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS: R. Jakobson, «Lingüística y poética», en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, 1975; Henri Blaze y de Bury, *Le Souper chez le Commandeur*, París, 1842; G. Gendarme de Bévotte, *La Légende de Don Juan*, París, 2 vols., 1906-1929; C. Pichois y A.-M. Rousseau, *La Littérature comparée*; V. M. Zhirmunsky, «On the Study of Comparative Literature», *Oxford Slavonic Papers*, XIII, 1967, 1-13.